











*Handwritten signature or initials*

87.344/5

# DISCURSO

## QUE A LA BENDICION

## Y JURA DE BANDERA

Del Batallon Provincial de Valladolid,

PRONUNCIÓ

*en la Santa Iglesia Catedral, el dia 26 de Febrero de 1845, con asistencia de las Autoridades y corporaciones Civiles y Militares, el Capellan Párroco de dicho Provincial, exclaustro de la órden de Canónigos reglares de Premonstratenses,*

**D. ILDEFONSO LOSAÑEZ BACAS.**



**VALLADOLID:**

**Oficina de Don Dámaso Santaren.**

**1845.**



## DISCURSO

QUE A LA RENDICION  
Y JURTA DE BANDERA

del Batallon Provincial de Valadolid,

## PRONUNCIÓ

en la Santa Iglesia Cathedral, el dia 26 de Febrero de 1847, con asistencia de las Autoridades y corporaciones Civiles y Militares, el Capellan Párroco de dicho Provincial, exaltado de la orden de Camónigos regales de Premonstratenses,

D. ILLDONSO LOSAÑEZ BACAS.



VALADOLID:

Oficina de Don Dámaso Sauter.

1847.

*Vota mea Domino redam in conspectu omnis populi ejus in atrius domus Domini, in medio tui Jerusalem.*

*Haré á Dios mis votos á la faz de su pueblo en los átrios de la Casa del Señor, y en medio de Jerusalem.*

DAVID EN EL SALMO 115.

*Excuso. é Iluso. Señor:*

Con razon veo circuido vuestro corazon de una plácida alegría al recordar el día venturoso, y que debe anotarse con caracteres indelebles en los fastos de la Historia; día Señores, que nos trae á la memoria la augusta ceremonia de un triunfo magnífico de nuestra Religion, y una de las mas recomendables prácticas de los Militares Católicos. ¡Qué contraste! Se me figura bosquejar un hermoso cuadro, en el que á un mismo tiempo aparecen ráfagas de vuestros piadosos sentimientos, y las monstruosas sombras de la triste ingratitud de todos aquellos que desconocen la virtud y el poder del Supremo Hacedor. Porque á la verdad, Señores, cuando el hombre fascinado por ideas que no le dejan ver las cosas como son en sí; cuando alucinado su entendimiento por er-

rores y fantasmas llama valor é intrepidez á aquel ardor indiscreto que procede de la imprudencia misma; cuando se empeña en llevar adelante sus temeridades, aunque para esto fuera necesario asolar los campos y convertir la tierra en un vasto túmulo: en una palabra; cuando no toma la espada de sobre el Altar, sabiendo apreciar antes el verdadero heroismo, sin dificultad se podría decir de él lo que Séneca de Alejandro el Grande: «Desde su juventud fué un salteador, llegó á hacerse el azote del género humano, la ruina de sus enemigos y hasta de sus amigos.»

Empero no podrá decirse lo mismo de vosotros, ilustres y esforzados Militares del Batallon Provincial de Valladolid, no; vuestro destino tiene algo de celestial, pues el verdadero valor es una prenda que engrandece el alma, un don que concede y bendice el Cielo; y que si bien el hombre pacífico y tranquilo es sobre la tierra una noble espresion de la divinidad bienhechora, el conquistador, el guerrero representa un Dios justo y terrible que sabe vindicar el desorden y la iniquidad. Ciertamente: representada la justicia por la igualdad y equidad en todos los hombres, se necesita valor para sostenerla y observarla, y todos vuestros actos, todas vuestras acciones no podrán menos de alabarse siempre que sean ejercidas en sus justos limites. Por la misma razon hoy vais á verificar uno de los actos de la Religion mas dulce, complaciente y embelesante, que lo fuera el recuerdo de vuestros pasados triunfos; y que á imitacion de las naciones marciales contaban con sus dioses imaginados para sus conquistas: que los pueblos bárbaros escribian sus geroglíficos supersticiosos en las banderas: que

los Romanos enarbolaban sus ágiles al frente de las legiones; y hasta Israel llevaba en sus ejércitos la serpiente de metal, que servía como de una señal para su marcha y convocación; pero desde el momento mismo en que Jesucristo se halló sobre la tierra, desde que el Rey Supremo y Eterno entró con su muerte en la posesión de todo el imperio del Universo y reunió en sí los gloriosos títulos de todos los próceres y potentados; desde entonces la Cruz (emblema de su Sacrificio) es la esperanza de todos los trofeos, de todos los triunfos, es la base y la piedra motora de vuestras conseguidas victorias. Constantino la fija en sus Estandartes, y hasta la Iglesia misma dirige sus oraciones de paz y de mansedumbre sobre esos funestos indicios de la discordia y de la muerte, y que el vuestro lo ha sido de la Victoria. ¿Y cuál es el objeto que aquí hoy nos convoca? Prestar un juramento de fidelidad á nuestra amada Reina, mejor diré; al mismo Dios de quien se deriva su autoridad; prestarle á la faz de su pueblo, en los átrios de la Casa del Señor, en medio de Jerusalem: bendecir; consagrar al Cielo vuestra nueva Bandera. ¡Nueva Bandera! Idea grata y placentera que llena mi espíritu del mas suave deleite. En ella recuerdo vuestros pasados triunfos entre el horror y estrago de las armas, y cuando el fragor estrepitoso del cañon estremecía las montañas y hendía el sutil aire, el eco repetía los nombres de valor y de constancia, de honor y de virtud, y sin ellos hubieran sido ráfagas ambulantes sombras pasajeras todos vuestros triunfos. Laureles inmarcesibles, inciensos, lágrimas de contentamiento, oraciones: hé

ahí lo que nos resta depositar sobre el sepulcro de los héroes de la patria. Hablo de vuestros compañeros que perecieron despues de reiterados combates, que regaron con su sangre vuestra misma divisa, y que agonizaron fuertes hasta perder su vida en favor de nuestra libertad. ¡Ah! El Cielo mismo acoge complaciente las súplicas que le dirijais, y resuena en mis oidos un cántico angélico, en el cual percibo decir: «estos son unos felices difuntos que murieron en el Señor.» Sí, restos inanimados, frias cenizas, descansad en paz; empero vuestra memoria no se apartará jamás de la mente de vuestros compatriotas, de vuestros cónmilitares.

Con qué objeto mas brillante y magnífico pudiera yo lisonjearos que presentando delante de vosotros los rasgos memorables y plausibles de vuestros antepasados? Dejando á un lado el brillo de su descendencia ó el resplandor de sus títulos, atendamos solamente á la magnanimidad que les caracteriza. Consignados tenemos una multitud de hechos en las páginas de la Historia, que han pasado sin alteracion, al través del tiempo, hasta nosotros, de cual era el carácter y espíritu de los Castellanos. La decision, lealtad y constancia por defender los principios de la verdadera Religion, formaban su conducta. La Historia patentiza vuestros hechos, y cubramos con un velo las viétimas ilustres que simbolizan la lealtad castellana. Edades os podría citar que de tal modo os entusiasmáran, que vuestro ardor patrio no podría estar fijo en una dada circunferencia sin uniros á los deberes de la Religion. Me haría demasiado difuso y molesto, Excmo. é Almo. Señor,

geroglíficos supersticiosos en las banderas: que

si á aquellas me refiriera; pero aproximémonos á épocas en que hemos visto brillar la virtud y el heroísmo, al par que valor y entereza para vencer los obstáculos que se presentaban. Sí, vuestro Batallon no ha conocido los peligros sino para desafiarlos, y deseaba que se le presentára ocasion para entregarse con denuedo al combate. A poco de su formacion en la ciudad de Palencia, yo le veo triunfante y vencedor en las guerras de Italia, yo le miro en las guerras de Portugal, entrar en veinte acciones consecutivas contra la república francesa, sin deseo nunca de que les llegára el descanso. ¿Pero qué descanso? Ya se les mira avanzar hasta las baterías, brincando sobre cadáveres, sin que pavor les impusiera el estrago de las armas enemigas, é ya tambien vencer con valor los rigores del tiempo y del terreno. ¿No sentís una chispa eléctrica que os anima al recuerdo de vuestros antepasados? Ah! Sí; tambien os veo á vosotros arrostrar los peligros en Portugal, sin que os arredren, y sin que desmerezeais en nada de las virtudes de aquellos. Os encuentro despues regresar á Navarra, y en las Peñas de San Fausto... ¡Gran Dios! eniadme un rayo de vuestra divina misericordia y una ráfaga de vuestra célica alegría, con cuyos auxilios podré continuar este discurso.

En las peñas de San Fausto confirmasteis de nuevo el proverbio de la Historia nacional. «Que allí está la victoria, dó tremolan los pendones de Castilla.» Entre la miseria, en medio del sonido letálico del cañon os encuentro impávidos, rodeados de una multitud de cadáveres y pintado en vuestros semblantes el escualor, os anima el re-

cuerto de salvar vuestra enseña, y volviendo en sí del abatimiento en que os tenía la postracion, lo conseguís, ofreciendo al mundo el espectáculo mas triste y lamentable, al par que de entereza y de valor. ¡Valladolid! esos son tus hijos. ¡Batallon Provincial! esos son tus compañeros. A los ecos de la tremente patria responden los rugidos del leon sañudo y de nuevo os provocan á la lid, y semejantes al águila voladora, os encuentran de nuevo en la accion de Viana, Echarriaraz, Olozagutia, linea de Zubiri... concediéndos un diploma de vuestro valor y heroismo. ¿Pero son estos solos los triunfos que habeis conseguido? Ah! no! Solsona y Peracamps, en Cataluña, son testigos que están declamando vuestro valor, y en lenguaje mudo, pero espresivo, demuestran que el Provincial de Valladolid tiene hijos fieles á la madre patria, que sus sentimientos cívicos están sostenidos por la prudencia y la virtud.

Las pasiones é intereses de los hombres fueron los móviles originarios de las guerras, y estos agentes puestos en juego produgeron la desunion general. El Señor, para hacer entrar á cada uno en el círculo de su deber, ordenó á su pueblo que combatiese, y diferentes veces aceleró la derrota de los Filisteos por medio de algunos milagros. En el estado de sencillez, en el estado de inocencia, el hombre no conoció el genio destructor de la discordia y de la desunion, ni vió jamás el semblante adusto y feo de la injusticia feroz; pero desde el momento en que la ambiciosa malicia produgera en él un principio de corrupcion, dió lugar á los disturbios y alborotos;

y las voces de justicia y equidad para él, eran quiméricas. El Cielo no le alumbraba con sus rayos apacibles y serenos, no; no descendían de las célicas bóvedas aquellas aguas dulces que fomentaban el gérmen sustancioso de la tierra, ni tampoco recibía los frutos enviados por el Cielo. ¡Cuán dichosos seríamos y felices, por dó quiera contemplarnos, si existiera aquella edad primaveral del mundo! Nuestro espíritu mantendría aquella tranquilidad consiguiente á la inocencia, nuestras pasiones no hubieran deleznablemente traspasado su barrera, ni tampoco tratára de vengarse la naturaleza pálida y tremenda al ver convertido el curso de sus buenas leyes en un enjambre de dolos y artificios viles. Aunque es cierto que el pecado armó al hombre contra el hombre, los Romanos hubieran sido felices y dichosos si todos se condujeran como los Lentulos, los Fábios y los Pisones, y todas las demás naciones hubieran conservado aquella edad pintada en el siglo de oro, si á imitación de algunos de sus monarcas se hubieran conducido como los Canutos en la Francia y los Fernandos en la España. (\*) Sí, Provincial de Valladolid; he tocado como de paso la decencia de vuestra conducta y cuanto puede contribuir ésta para la felicidad del Estado; yo os contemplo como unos instrumentos de la divina venganza, emperó tambien depositarios de la paz y de la seguridad pública. Pero preciso es que no olvidéis que á vuestra clase pertenecen nada menos que los Moisés, los Davides, los Josueés, los Ezequias, los Constanti-

---

(\*) Véanse los reinados de Fernando III y VI.

nos, los Teodosios... ¿Y podría confiarse á brazos sacrílegos el honor y la gloria de nuestro Dios, los intereses de nuestra Reina y la salud de la Patria? ¡Cómo! Hubo un tiempo en que las agitaciones de los turbulentos y sediciosos fueron so-  
terradas y abatidas por la probidad de los hijos de Valladolid, y colocaron en las sienas de varios monarcas sus coronas, sus propiedades y sus derechos. Fernando VI, Enrique III y Doña María la Grande, que en medio de sus padecimientos políticos decia «que más confianza tenía en Valladolid que en las murallas y castillos de los pueblos.»

Vuestras acciones os han hecho dignos del reconocimiento de la Excelentísima Diputación Provincial, del Ilustre Ayuntamiento, y lo que es más, de la Patria. El presente que de estas Ilustres Corporaciones recibís, haced que aparezca sin mancha en dó quiera que tremole, y que el sello de santidad que en él se estampa sea invulnerable á los azares del bombardeo. Que desplegada por el viento vuestra Bandera, vaya indicando el agradecimiento cívico, al mismo tiempo que la adquisicion de la victoria. ¿De qué modo mas demostrativo podría indicaros la Excelentísima Diputación el enagenamiento de contento, que confiando á vuestros brazos la salvacion de la nueva Bandera? Ah! Dignos por todos conceptos de llamaros la atencion de estas Ilustres Corporaciones, y dignos tambien del agradecimiento de la Patria, porque en vuestro valor confia. Ilustres y valientes Gefes, Oficiales y Soldados aguerridos, las víctimas que en los diferentes combates perecieron, y que ahora descan-

san en la tumba, os hablan con el lenguaje de la verdad; la disciplina mantiene el Ejército, la obediencia gradual le ennoblece y la concordia mútua con el paisano, le robustece y se hace amar. Córrase un velo á las injurias y á todo lo pasado. Unámonos todos con una filial armonía, porque todos somos Españoles, todos Cristianos, y entre el Pueblo y el Ejército solo media una cordial amistad. En el punto en que la ley os mandó colocar vuestra Bandera, allí disteis pruebas irrefragables de vuestra subordinacion y disciplina, y ella será el áncora inespugnable dó se estrellen con ignominia los tiros de los espíritus revolucionarios.

Acercaos, pues, prestad vuestro juramento; pero ved que vuestras palabras son oidas por el Soberano de los Soberanos, y que os debe ser tanto mas apreciable, cuanto que él mismo os manda y preside por una especie de prodigio y por un presente del Cielo. ¿Y en un rasgo tan tierno como lisonjero y agradable, habíamos de permanecer nosotros inmutables? Ah! no. Acompañémosles, Católicos, roguemos al Supremo Hacedor que bendiga esa Bandera, que estampe en ella el lema de su santidad, que encienda en la fé á los que mueren, y conforte y anime á los que pelean.

Madre immaculada, mira que estos Militares se acogen bajo tu amparo y proteccion, y aun te nombran por su Patrona, bajo la invocacion purísima de la Concepcion: haz, pues, con ellos los deberes placenteros de Madre, ya que te llaman Madre de los Españoles; vé delante de ellos en todas sus expediciones, como Santiago en la

batalla de Clavijo, y el Angel exterminador de los Asirios; haz que por su parte cumplan fiel y exactamente el juramento que os prestan, y de este modo se encontrará confirmado en ellos; ser hijos fieles de la Religion y verdaderos Católicos: lo habeis oido. Vuestro valor en las guerras estaba sostenido por la prudencia, y la práctica de la virtud en el sosiego os hará partícipes de las eternas mansiones de la Gloria.

hacia amistad. En el  
de colocar vuestra bandera, allí disteis pruebas  
irretratables de vuestra subordinacion y discipli-  
na, y ella será el ancla inseparable de se es-  
trellen con ignominia los tiros de los espíritus  
revolucionarios.

Acercos, pues, prestad vuestro juramento; pe-  
ro ved que vuestras palabras son oidas por el  
Soberano de los Soberanos, y que os debe ser  
tanto mas apreciable, cuanto que él mismo os man-  
da y preside por una especie de prodigio y por  
un presente del Cielo. Y en un rasgo tan tier-  
no como honroso y agradable, hablamos de per-  
manecer nosotros inmutables? Ah! no. Acompa-  
ñémosles, Católicos, regreñamos al Supremo Ma-  
cedor que bendiga esa bandera, que estampe en  
ella el lema de su santidad, que encienda en la  
fé a los que mueren, y conforte y anime a los  
que pelean.

Madre immaculada, mira que estos Militares se  
acogen bajo tu amparo y proteccion, y aun te  
nombran por su Patrona, bajo la invocacion pa-  
trística de la Concepcion: haz, pues, con ellos  
los deberes placenteros de Madre, ya que te ha-  
man Madre de los Españoles; vé delante de ellos  
en todas sus expediciones, como Santiago en la









87.34